

# Muchacha de otra parte

Cuando me dijo que no era de acá, yo pensé, sin demasiada imaginación, que me estaba hablando de Buenos Aires. Es el destino, le dije, yo tampoco soy de acá, y agregué que era un buen modo de comenzar una historia de amor. Ella me miró con una expresión que sólo puedo describir como de desagrado, como suelen mirar las mujeres muy jóvenes cuando el tipo que está con ellas y al que acaban de conocer dice alguna estupidez. La edad, más tarde, les enseña a disimular estos pequeños gestos helados, estas barreras de desdén, de ahí que asienten, consienten y hasta nos estiman cuando lo que realmente les pasa es que han crecido y ya no esperan demasiado del varón. Lo que estoy contando sucedió hace quince años, en otoño. Sé que era otoño porque estábamos en Parque Lezica y una de las primeras cosas que ella dijo fue que el camino que lleva al puente siempre está cubierto de hojas, como este sendero de la plaza. Yo pregunté qué puente y ella me lo describió. Al bajar del tren, tomando a la derecha, había un camino con una doble hilera de plátanos y enseguida estaba el puente de madera. Después habló de los médanos. Yo no le presté ninguna atención porque estaba considerando muy seriamente si esa chica me gustaba o no, lo que sólo podía significar que no me gustaba, cosa que, hoy lo sé, era realmente un buen modo de comenzar una historia de amor. No hay más que empezar a descubrir virtudes, transparencias, hermosuras parciales, para darse cuenta de que una mujer se ha transformado en una fatalidad. Voy a cumplir cincuenta años; ella, ahora, no tendría más de treinta. Con esto quiero decir que la noche del parque andaría por los dieciséis, aunque no sé por qué digo que ahora tendría y no que ahora tiene, salvo que quiera significar que sólo la concibo tal como era entonces, una adolescente un poco demasiado intensa para mi gusto, más bien sombría, si he de emplear la palabra que mejor la define, de pelo muy negro, alta, de manos larguísimas y piernas delgadas. No había nada en su rostro, salvo quizá la nariz, que llamara demasiado la atención. Tenía eso que suele describirse como una nariz imperiosa. Sus ojos, vistos de frente, no eran grandes ni de uno de esos colores hipnóticos e inhallables como el malva, por ejemplo, ni siquiera verdes. Viví más de dos años con ella y no tengo ninguna idea concreta sobre el color de sus ojos. Tal vez fueran pardos, aunque podían virar a un tono más oscuro que los volvía casi negros. O acaso esta impresión de oscuridad la daban sus pestañas, y por eso he dicho hace un momento que sus ojos, vistos de frente, no tenían nada de particular. Vistos de perfil, en cambio, eran asombrosos. Y ésta fue la primera belleza parcial que descubrí en ella. La segunda fue el pie. No hay en todo el arte gótico un modelo adecuado para un pie desnudo como el que se me reveló esa misma noche en uno de los hoteles de las cercanías del parque. Me imagino que alguien estará pensando que si ella tenía dieciséis años su aspecto no debía ser muy infantil, o no la hubiesen dejado entrar en un hotel conmigo, vale decir con un tipo casi veinte años mayor. Lo cierto es que nun-

ca supe su edad real, parecía de dieciséis, tuviera los que tuviere, y nunca dejó de parecerlo. Claro que a esa edad crecer dos años es lo mismo que crecer un día, así que no tenía por qué cambiar demasiado, pero ya hace mucho que empecé a preguntarme si su primera confesión de esa noche (no soy de acá) significaba algo distinto de lo que yo imaginé. Hay otros mundos, es cierto. Son tan reales como éste, y no voy a decir ninguna novedad si aseguro que están en éste. Cómo conseguimos un hotel, de eso venía hablando. En esa época las mujeres usaban aquellos bolsos enormes, tipo mochila. Nunca supe qué metían ahí dentro, pero era como si se trasladaran por Buenos Aires con la casa encima, como los caracoles. Lo increíble solía ser su peso. Y bastaría reflexionar un minuto sobre el peso de aquellos bolsos de Pandora y sobre la cantidad de cuerdas que eran capaces de caminar llevándolos a cuestas, para dudar seriamente de la fragilidad física de las mujeres, al menos de las de mi tiempo.

Si no fuera por la cara que tenés te proponía ir a dormir a un hotel, le dije. No creo haber pronunciado en mi vida una frase tan directa, ni con menos intención de ser tomada en serio. Ella me miró, frunciendo las cejas, como si considerase el aspecto práctico del problema. Estábamos sentados en un banco de la plaza. Ahí mismo abrió su bolso, sacó unos anteojos negros, sacó una impresionante capelina de paja, la volvió a su forma original con unos toques parecidos a pases magnéticos, sacó unas sandalias de taco más que mediano, que cambió rápidamente por sus zapatillas de tenis y sus medias de jugador de fútbol, se puso la capelina y me dijo: «Vamos». El poder mimético de las mujeres no es un descubrimiento mío. Con poseer dos o tres atributos básicos, cualquier chica que ordeña vacas puede transformarse en condesa, si la visten adecuadamente, y la historia del mundo prueba que esto ocurre a cada momento. Yo, hasta hacía unos segundos, había tenido sentada a mi lado a una adolescente de pantalones bombachudos, chiripá y zapatillas de delincuente juvenil, ahora tenía de pie frente a mí, a una altísima joven de babuchas más o menos orientales, capelina, chal sobre los hombros y anteojos negros. Una actriz de cine decidida a no revelar su identidad, o una princesa de la casa de Mónaco viajando de incógnito por la Argentina. En la media luz violeta de la conserjería del hotel, era realmente un espectáculo sobrecogedor. Acaso aún parecía algo joven, pero nadie en el mundo se hubiese atrevido a importunarla preguntándole la edad. De más está decir que, a estas alturas, el bolso faraónico lo cargaba yo. Ella llevaba en la mano una carterita, que luego resultó ser de útiles relativamente escolares, y que podía pasar por ese otro tipo de objetos misteriosos, por lo liliputiense, que las mujeres llevan a las fiestas, y que acaso contienen un pañuelito de diez centímetros cuadrados, un geniol, una estampilla. Subimos y caí extenuado sobre la cama, a causa de la mochila. Y ahora tal vez debo decir que he visto desnudarse a algunas mujeres. No tantas como me gustaría hacerle creer a la gente, pero he visto a algunas. Nunca vi a ninguna que se desnudara por primera vez como ella. Ni artificio ni cálculo ni erotismo. Se desvistió como una chica que se va a pegar un baño, cosa que por otra parte hizo. Cuando por fin se acercó a la cama, envuelta en un toallón, yo dije la segunda de las muchas estupideces que iba a decirle en mi vida. Le pregunté cuántas veces había practicado el número transformista de las sandalias, los anteojos y la capelina. No recuerdo si habló, pero recuerdo que abrió los ojos y se llevó las manos al pecho como si se ahogara. Los iris le brillaban en la oscuridad como los

de un animal aterrorizado. Calmarla me llevó mucho tiempo. Estar con ella también. En más de una ocasión sospeché que estaba loca o que no era del todo real; aquella noche fue la primera. Más tarde le pregunté por qué había aceptado venir. «Por el modo en que me lo pediste», dijo sonriendo. Lo que pasó esa noche, lo que pasó hasta la madrugada de ese día y de otros días, prefiero no recordarlo con palabras. Lo que una mujer hace con un hombre, cualquier mujer lo ha hecho y lo hará con cualquier hombre. Sólo los imbéciles creen que esta fatalidad es la pobreza del amor, no saben que ahí reside su eternidad, su linaje, su misterio. Tal vez no todas las mujeres murmuran casi con odio «no soy de acá», «no soy de acá», cuando el sexo las pierde en esa región que sólo ellas conocen, pero, digan lo que dijeren o callen lo que calleren, cualquier hombre ha sentido que, cuando por fin todo termina, parecen volver de otro lugar. Ella, a veces, me lo describía. Hay la cúpula de una pequeña iglesia que se ve si uno se detiene en el lugar adecuado del puente. Hay a veces un arroyo de aguas traslúcidas entre cuyas piedras nadan pececitos negros, que acaso son pequeños renacuajos, aunque a ella la idea le resultaba desoladora. Otras veces no había arroyo, y sí largas veredas arboladas de moreras. Sólo una vez hubo un faro. Las contradicciones, que al principio me parecían caprichos o mentiras, armaron, con el tiempo, un mapa preciso que ahora yo puedo reconstruir árbol por árbol, casa por casa, médano por médano. Los médanos estaban siempre, en sus palabras y en sus sueños, por más que cambiaran los otros lugares. Como estaba siempre el camino de los plátanos dobles, cubierto de hojas, y al terminar ese camino, el puente desde el que se ve el campanario de la pequeña iglesia. De la primera noche no recuerdo estas cosas, sino de otras noches, en las que volvíamos de un cine, caminábamos por el puerto o nos despertábamos en cualquier hotel donde la capelina había sido reemplazada por un vestido rojo de escote escalofriante y los ojos maquillados como un oso panda. Sé que lo que voy a escribir ahora suena pueril, novelesco, demasiado fácil de ser escrito, pero nunca supe su verdadero nombre, ni tampoco supe dónde vivía, ni con quién. Con un abuelo muy viejo, me dijo a desgano una tarde en que insistí casi con enojo. El abuelo, al menos esa tarde, estaba casi ciego y apenas tenía contacto con la realidad, lo que significaba que ella podía llegar a cualquier hora, y hasta faltar de la casa uno o dos días, con tal de no dejarlo morir de hambre. Una noche le propuse acompañarla. Me preguntó si estaba loco, qué iba a pensar la tía Amelia si la veía llegar con un hombre que era casi una persona mayor, después de haber faltado un día entero de la casa. Ese día me habló del faro. Para esa época yo me había resignado a dejarla venir a mi departamento. Me desperté de golpe y la vi sentada en la cama, mirándome desde muy cerca, con los ojos muy abiertos. «Volví a soñar con el faro», me dijo. Yo le dije que no era cierto, y la oí gritar por primera vez. «Qué sabes de mí», gritó, «no sabes nada de mí. Volví a soñar con el faro y era el faro al que iba a jugar cuando era chica; ahora ya no está, pero era el mismo faro». Le contesté que no era posible que hubiese *vuelto* a soñar con ningún faro. Me miró con rencor, después me miró con miedo. Comenzó a vestirse y parecía desconcertada. «No puedo haber soñado con un faro», dijo de pronto. «Lo inventé todo». Ese fue el día cuando propuse acompañarla y me habló de la tía Amelia. Le hice notar que hasta hoy había vivido con el abuelo. Me miró sin ninguna expresión, o quizá con la misma mirada desdeñosa del primer día. «No voy a volver a